

»nirse en un medio racional y pacífico de conciliar
 »aquellas y resolver éstas. ¿Pero son menos grandes y
 »vitales los intereses y los principios que está hiriendo
 »de muerte la prolongación de la guerra civil? ¿No per-
 »derá con ella la nación, más que lo que se compromete-
 »rá en una transacción justa y racional? ¿Hay algo
 »más valioso y sagrado para la nación que su decoro é
 »independencia, las propiedades, la libertad y la vida
 »de sus hijos? ¿Y no son estos los bienes que indefec-
 »tiblemente perderemos si no se pone un pronto tér-
 »mino á la guerra civil? ¿Qué más podemos compro-
 »meter en cualquiera acuerdo que ajustaran las partes
 »contendientes, que lo que de hecho nos está arreba-
 »tando esta lucha que asola á la nación?» Después de
 exponer varias sólidas razones manifestando la necesi-
 dad en que el país se hallaba de que se pudiese fin á la
 guerra devastadora que le había cubierto de luto y de
 ruinas, terminaban los autores de la exposición diciendo:
 «En nombre, pues, de los más caros intereses de la na-
 »ción, de su decoro é independencia, de las propiedades,
 »la libertad y la sangre de los mejicanos; en nombre de
 »los sagrados principios de la moral y de la justicia, y
 »del inestimable bien de la paz pública, á V. E. supli-
 »camos y conjuramos su patriotismo, á fin de que sin
 »escasear cuantos medios le dicte su prudencia, ni
 »perdonar todos los sacrificios que sean compatibles
 »con la existencia de nuestra sociedad, procure por el
 »camino de las negociaciones, establecer algún medio
 »pacífico de resolver las cuestiones que alimentan la
 »guerra civil, terminando lo más pronto la lucha fratri-
 »cida que está perdiendo á la nación» (1).

(1) El lector encontrará esta exposición íntegra en el Apéndice, bajo el núm. 8.

Firmaban esta exposición, doscientas diez personas de las más notables de la capital. (1) Noble, grandioso y humanitario era el deseo de los autores de la exposición. Su ardiente anhelo puede asegurarse que era el de la sociedad entera. Sí; la paz era el bien á que aspiraban todas las clases de la sociedad; la paz con la cual las naciones prosperan y adelantan era el anhelado objeto de los que vinculaban su bienestar en el trabajo

(1) Hé aquí los nombres de los individuos que firmaron la exposición para la paz:

«Francisco Iturbe. — Manuel Escandon. — J. M. Godoy. — José J. de Rosas. — Tomás L. Pimentel. — José María Cuevas. — Luis G. Movellan. — José Miguel Pacheco. — José María de la Peña. — Teodoro Chavez. — Manuel Vaquero. — Manuel Huerta. — Cándido Guerra. — Francisco de la P. Arias. — Joaquín Caraza. — José Inés Salvatierra. — Francisco de P. Suarez. — Ignacio Cosío. — Manuel Moreno. — Antonio Vértiz. — Benito G. Lamadrid. — Mariano Anaya. — Rafael Trueba. — Rafael Cancino. — Manuel Iñiguez. — Víctor T. Giron. — Ramón Alva. — Manuel Iñiguez. — Mariano Llaguno. — Hilario Tellez. — Manuel Arziga. — Agustín Solórzano y Ugarte. — Juan Solórzano. — Juan F. Busto. — Francisco Sotomayor. — Manuel de Rosas. — Manuel Blanco. — Luis G. Arriaga. — Francisco Arriaga. — Cesario Ailland. — Pedro Ailland. — J. de J. Cervantes. — Manuel Cordero. — Rafael M. de la Torre. — Tomás S. Gardida. — Francisco de P. Tabera. — J. C. Murphi. — Miguel Bringas. — José María Arroyo. — F. Díaz Meoqui. — A. G. de Cosío. — J. L. Meoqui. — doctor Javier Cavallary. — Francisco Campero. — Benito L. Acosta. — I. A. de Teran. — P. S. Berges. — Jorge Pérez Galvez y Rul. — F. Rivas Góngora. — Luis G. Barreiro. — M. Cervantes. — J. M. Septiem. — Lic. José María Barros. — Antonio F. de Barros. — Juan Morales. — Juan B. Herrera. — Lic. Juan Palacios. — Marcelino Rocha. — Manuel M. Bustos. — José María Moctezuma. — I. G. Rocha. — Manuel Chavarría. — Rafael Soto y Guerrero. — Francisco Algara. — Felipe Hernández. — J. Vicente Vera. — Rafael Ortiz de la Huerta. — Domingo Paul. — Ruiz y Erdosain. — Manuel Urquiaga. — Joaquín Ortiz de la Huerta. — Manuel Santa María. — I. Terrroba. — Luis G. Anzorena. — Lic. José María Iturbe. — Juan F. Rocha. — Manuel Campoverde. — Manuel A. Campero. — Santos Barrera. — G. Landa. — E. C. O. Gorman. — Juan Ruiz. — Mariano Ramirez. — P. Ebro-Mar. — Lázaro Serna. — José Pimentel y Heras. — Agustín Serna. — Luis Colin. — Lic. Bernardino Olmedo. — C. Barajas. — Manuel Gual. — Francisco

y en la honradez. Pero aquella voz elevada en medio del estruendo de las armas y del encono de las pasiones políticas, quedó apagada entre el ruido de los combates.

1860. La exposición era la palabra de los pueblos, pero no de los políticos que creían saber más que los pueblos.

La lucha siguió, en consecuencia, sin que se diese un paso para la paz.

La paz está en la guerra, decían los políticos; y la

M. Beteta. — S. Nájera y Huerta. — Leonardo Fortuño. — José H. Nuñez. — José M. Rincón. — Antonio M. Bejanilla. — Pedro Escudero. — Ramón de la Cueva. — Teófilo Robredo. — Eulalio M. Ortega. — Manuel G. Aguirre. — Miguel García. — José Francisco Velazquez. — José María Gutiérrez. — Gregorio Sainz Lozano. — Marcos Oscoy. — Miguel Mena. — G. Godard. — Francisco Ontiveros. — Francisco Palacios. — Julián Lora. — Francisco Lejarazu. — Francisco Escamilla. — Jesús Zerecero. — José Durán. — José María Rodríguez. — Lorenzo Mendoza. — Julián Espejo. — J. Estanislao Ortiz. — Ignacio Calderón. — Francisco Calderón. — José F. Espejo. — Ramón Garcés. — R. Pérez. — José María Frías. — José Merino. — Mariano Marcos Noguera. — Lázaro Sosa. — Antonio Avelaira. — Joaquín Nuñez Durán. — Joaquín Avelaira. — Antonio Salas. — J. Bernal. — Austacio C. Bracho. — Rodrigo Montes de Oca. — Julián Guzman. — Mariano L. García. — Manuel de Ceballos. — José Manuel Frías. — Pedro López. — José M. Rodríguez. — Pedro Canel. — Lino García. — Ignacio Vega. — Julián Ortiz. — José Ondarsa. — Diego Rivero. — Silvestre Velazquez. — Rosario Rodríguez. — J. Carbonel. — J. Bustos. — Felipe de J. Castro. — Mariano Colín. — Francisco de P. Arriniaga. — J. Alonso. — Ramón Córdoba. — Onofre Patiño. — Antonio Orta. — Vicente de la Torre. — Manuel Moctezuma. — Juan Osorio. — Escalante y Compañía. — Juan Trejo Vega. — Fernando Aparicio. — Juan Basurto. — Severo Valdés. — Pascual Galdos. — Darío Valdés. — E. Linarte. — Jesús L. Fuente. — José Vázquez Aguilar. — Antonio Rubio. — Diego Rodríguez Saro. — J. de Goribar. — Ignacio Cortina Chavez. — Mariano de la Peña Santa. — Francisco Fernández. — Ignacio Pérez Valiente. — Juan O. Estrada. — Germán Salgado. — Tomás Ruiz. — Manuel Bringas. — Jacinto Meca. — Pedro Jorin. — Francisco P. González. — Pedro Peralta. — Gervasio Muriel. — Ramón Díaz. — Audifed y Lion. — Jesús Sardaneta Ortiz. — E. Godin. — Ignacio Morales Andrade. — José Regula. — Felipe Basurto. — Manuel Miranda é hijo. — Francisco Cerro. — Dionisio Gómez. — J. M. Rico y Bustamante. — Mariano Riva Palacio.»

guerra siguió devastando el país, con alternativas ya favorables ya adversas para ambos partidos.

En los primeros días del mes de Julio cayó en poder del general constitucionalista Arteaga, el pueblo de Cutzamala, en el Estado de Morelia, después de haber sufrido un sitio de treinta días. De los defensores hechos prisioneros fueron fusilados sesenta. El 16 del mismo mes alcanzaron, en compensación, un triunfo los conservadores sobre los liberales. El encuentro tuvo lugar en Tlalpam, á cuatro leguas de la capital de Méjico, entre las fuerzas del jefe constitucionalista don Aurelio Rivera y el general conservador D. José J. Gutiérrez. La acción fué reñida, y al retirarse los liberales dejaron en poder de sus contrarios treinta y cuatro prisioneros, cuyas vidas fueron respetadas, algunos fusiles y un corto número de municiones. Cuatro días antes había alcanzado otra victoria en Cerritos, cerca de Irapuato, sobre las fuerzas reunidas de Antillon y el fronterizo Carbajal, el general conservador D. José M. Alfaro, causando á sus contrarios treinta muertos, igual número de heridos y cogiéndoles algunos prisioneros, cuyas vidas fueron respetadas.

Esta nivelación de los dos partidos en los reveses y las victorias; la falta de recursos en el uno y en el otro para sobreponerse á su adversario, tenía desesperanzado al país de ver lucir el dulce día de la paz anhelada por todas las clases laboriosas de la sociedad. La nación mejicana, digna verdaderamente por la buena índole y claro ingenio de sus hijos, así como por los tesoros de riqueza que encierra en su suelo, digna, repito, de brillar como una de las potencias más felices del mundo,

tenía la desgracia de que sus hombres políticos se empeñasen en seguir una senda diferente de la que ella anhelaba. Todo hombre laborioso deseaba la paz á toda costa, así los hijos del país como los extranjeros, distinguiéndose entre éstos los españoles, que anhelaban verse libres de las injustas acusaciones que una parte de la prensa liberal les dirigía, suponiéndoles en connivencia con los conservadores. En aquellos mismos instantes en que D. Benito Juárez, queriendo cumplir con un acto de justicia había obsequiado las reclamaciones del embajador español con respecto á las desgraciadas escenas en que figuraron como víctimas en algunas haciendas del Sur los peninsulares, así como D. Eusebio Rubio en poder de Carbajal, un periódico liberal, observando una conducta opuesta, cometía la imprudencia de excitar odios contra ellos. «Se dice, como cosa positiva,» consignaba el periódico á que aludo, «que Almonte trabaja sin descanso por la intervención española y ha escrito últimamente que tiene plena seguridad de obtenerla, mediante ciertas condiciones que no he podido averiguar cuáles sean. Creo que el gobierno debe estar muy alerta para que no le cojan de sorpresa, ó para evitar que si no lo hacen descaradamente lo hagan como con el «General Julio. »Miramon» y el «Marqués de la Habana,» sobre cuyo armamento en Cuba debía haberse hecho una enérgica reclamación, que nos sirviera, al menos, de contrapeso á las que no dejarán de hacernos por los castigos que imponen nuestras fuerzas á algunos españoles que sin embozo toman parte en las cuestiones interiores de Méjico. Ahora mismo, tiene V. armados

»en Cuernavaca más de 1,000 hombres súbditos de S. M. C. al servicio de Vicario, que espera ser atacado por las fuerzas del Sur. ¿Con qué derecho se nos reclama si los nuestros toman la plaza y los tratan como trataron en Cuba á los soldados de Narciso López? Pero he dicho más de lo que pensaba sobre este particular y no debo perder la ocasión de darle las noticias que tenemos de la campaña.»

Las anteriores líneas, escritas por uno de los corresponsales del periódico aludido, además de confesar que los españoles habían sufrido castigos por algunos jefes constitucionalistas, los presentaba como dignos de ser el blanco de nuevas persecuciones, haciéndoles aparecer con las armas en la mano para combatir al partido liberal. Ya desde que se efectuó en la capital de Méjico el pronunciamiento por el plan de Tacubaya, se había dicho por una parte de la prensa liberal, que en el convento de Santo Domingo se hallaba organizado un batallón de españoles para ayudar á los conservadores á derrocar á Comonfort. La noticia se desmintió entonces por el cónsul español; y aunque todo el público de la capital vió que ningún español se había mezclado en aquella cuestión, los periódicos que se complacieron en dar la noticia, no tuvieron la suficiente franqueza y buena fé para desmentirla, y para los habitantes de los demás Estados lo inventado pasó por una verdad.

1860. No era culpable, pues, aquella parte del pueblo que participaba de ideas liberales, de la mala voluntad contra los españoles, puesto que algunos periódicos les presentaba como campeones de la causa contraria.

Los peninsulares establecidos en el distrito de Cuernavaca y en otros puntos del Sur donde se habían verificado las funestas escenas de San Vicente, de Chiconcuauque y otras, se alarmaron al leer las líneas que dejo transcritas. Sabían muy bien que lo dicho en el periódico, podía creerse por los habitantes del Sur, y excitar odios contra los españoles residentes en Cuernavaca.

Celosos, pues, de su buen nombre, y no queriendo pasar á los ojos del país en que vivían entregados al trabajo, por revolucionarios, dirigieron los españoles radicales en Cuernavaca al periódico *La Sociedad*, con fecha 28 de Julio, un remitido, desmintiendo lo que de ellos había dicho el corresponsal del periódico constitucionalista. «*Ann cuando es bien conocida,*» decían en el expresado remitido, «*la falsedad de las noticias*» que el corresponsal del *Progreso* de Veracruz le remite desde esa capital, creemos de nuestro deber desmentir como torpes y calumniosas las que bajo el título de «*Los demagogos y los españoles*» se sirven Vdes. insertar en su acreditado periódico del 20 del actual, copiándolas del citado *Progreso*. El anónimo corresponsal de dicho periódico asegura con el mayor cinismo, *que en esta ciudad existen armados más de mil súbditos españoles al servicio de Vicario*. Tan audaz y grosera falsedad demuestra desde luego el grande interés con que esta y otras noticias tan ridículas como absurdas se difundan constantemente y arraiguen, si es posible, en las clases de la sociedad menos instruida, y muy particularmente entre las fuerzas constitucionales de Tierra-caliente,

»para de este modo concitar cada día más el odio y la sangrienta persecución que hace mucho tiempo han inaugurado contra los pacíficos españoles que en estos distritos sostienen el comercio y agricultura, habiendo dado ya por resultado las horribles matanzas de Treinta, Tlaquilténango, Jojutla, San Vicente, Chiconcuauque, Cuautla y otras. No contento sin duda el tan verídico como humanitario corresponsal del *Progreso*, con tan bárbaros y atroces asesinatos, demuestra, por sus absurdas é impertinentes preguntas, los más ardentísimos deseos de que aquellos se repitan, si es posible, en mayor escala. Desearíamos que el citado corresponsal nos diese pruebas de que, no solo en esta capital, sino en todo el territorio de Iturbide existen más de ochenta á cien españoles. Nosotros desde luego le aseguramos que no pasan del indicado número, y que todos se encuentran ocupados en el comercio y la agricultura, sin mezclarse en las contiendas políticas del país. Si algunos tienen sus armas, es únicamente para usarlas en defensa propia cuando se ven amenazadas sus vidas y sus intereses por partidas de malhechores que á la sombra de una bandera política llevan á su paso la desolación y la muerte. Suplicamos á Vdes., señores redactores, se sirvan dar cabida en su acreditado periódico á este remitido, quedando de Vdes. muy atentos seguros servidores Q. BB. SS. MM.—*Varios españoles avecindados en esta ciudad.*»

1860. Toda la prensa conservadora reprodujo
Junio. la contestación dada por los españoles al remitido publicado por el periódico de Veracruz, y manifestó la injusticia que se cometía al atacarles; pero los